

toda la gente que estuviese sana para poder caminar por tierra, é mandó embarcar los enfermos é que desde á quatro dias se partiessen con ellos las naos para Zamba, é no antes, porque si los que yban por tierra no pudiessen passar por algund estorbo, se tornassen al puerto de Cartagena á los navios, donde los dexaban. É assi partió el gobernador con diez é seys de caballo, que los diez dellos no eran nada sino roçines matados y de poco valor; pero con esos é çinquenta peones començó su camino çerca de la costa, é no lo pudo proseguir, por ser trabaxoso de muchas barrancas é malos passos. É metióse mas en la tierra é fué á parar çerca de unos charcos, donde hizo jornada el primero dia con mucho cansancio, é passaron allí una mala noche.

Otro dia siguiente, continuando su camino, á las diez horas del dia llegaron á un pueblo que se llama *Taragoaco*, é un poco antes de llegar al lugar fué presso un indio, é mas adelante, en unos mahigales, fueron tomados otros, é otros escaparon huyendo. É porque no diessen mandado al pueblo, el gobernador con los de caballo los siguió, y entrando en el lugar salieron muchos indios, é començaron á tirar grand multitud de flechas; mas como el gobernador desseaba sin sangre é con buena maña sin rompimiento haçerlos de paz, si pudiera, començó con la lengua á los halagar, é asegurar con todas las buenas palabras que le paresçió, para los aplacar. Pero ellos no querian escuchar, ó como despues paresçió, no se entendieron la lengua é aquellos indios; é assi eran por demás las amonestaciones, con que se perdía el tiempo é los ánimos de los unos é de los otros mas se enconaban, viendo las armas contrarias; é siempre cresçia el número de los indios. De manera que viendo el gobernador el poco fructo que haçian sus palabras, determinó de pelear con ellos, porque ya

los peones que avia dexado atrás, llegaban: é con gentil ánimo, dada la señal de la batalla á los suyos, dió en los enemigos con mucho ímpetu, é lançando por su lança los que podia con sus milites, é los contrarios animosamente resistiendo á los nuestros, no se perdía tiempo en los unos ni en los otros, por conseguir vitoria quien pudiesse. É assi turó quassi media hora la batalla muy reñida, en la qual mataron el caballo al gobernador, y él se retruxo con grand tiento porque no rescibiese su gente daño, trayendo sobre sí é su caballo muchas flechas colgando metidas por las armas. Las quales son, segund el exerciçio y manera de la guerra las requiere, de coraças ó sayos ó çeladas de mantas de algodon bastadas, é colchadas de dos ó tres dedos en grueso, é de lo mismo las cubiertas de los caballos, armas á la verdad pessadas é muy enojosas, é andan los hombres en ellas como en albardados é feos y de mala vista; pero son útiles é mejores que otras algunas, porque los arneses y coraças y todo hierro y açero se pierde presto é se passa en estas partes, por la mucha humedad de la tierra.

Tornando á nuestro propóssito, recogida la gente é tomado un poco de aliento por poco espacio, el gobernador é los chripstianos animosamente arremetieron al pueblo é pussieronle fuego los que para ello eran diputados, en tanto que los demas peleaban: é cómo las casas ó buhíos, por ser de leña é paja, arden de grado, assi por muchas partes acudiendo un viento fresco, començaron á crescer las llamas, é los nuestros se retiraron á un mahiçal. É una atalaya que tenian los chripstianos, puesta en un árbol, vido salir del pueblo un batallon grande de gente con sus armas; é como gente desesperada é injuriada, viendo arder sus casas é bienes, é procurando la vengança de sus ofensores, movidos con ardid

venian delante mas de çient hombres á manera de corredores, y entraron en la roca de los mahigales, y todos los demas que eran mucha gente, puestos en çelada, quedaban poco espacio atrás en un arcabuco no grande, con esperança que convidados los nuestros á la batalla por los delanteros, é retrayéndose á donde quedaban los otros en su retroguarda, podrian haçer lo que desseaban, porque era lugar aparejado para se aprovechar de los chripstianos á su salvo. Pero aquellos corredores, que como tengo dicho, eran mas de çient gandules, é de los mas escogidos hombres, entraron tan adelante que quando quisieron dar la vuelta, no tuvieron lugar de se recojer á la çelada; porque como el gobernador Pedro de Heredia, no tenia descuydo ni pereça, antes como hombre de guerra, los atendía é le yba la vida é honra en ello, ningund passo daban hácia él, sin que proveyesse al cuento é fin de la vitoria: é assi salió súbito, con la voz del apóstol *Sanctiago* dando en los delanteros, é los alañearon, sin que uno dellos escapasse.

Los de la çelada visto el estrago é muerte de los delanteros, se apartaron mas que de passo, é no se pudieron ver ni castigar: é assi el gobernador con su gente é vitoria, se tornaron al pueblo con determinacion de morir ó le destruir con los que en él hallasen; é hallároule solo y desamparado. Pero como en torno dél estaba muy çerrado el bosque é arboledas, vian muchas flechas en el ayre que venian á caer entre los chripstianos, sin ver quien las tiraba de muchas partes, porque venian de lo alto é no se veian los indios ni los arcos que las enviaban, por ser como es dicho mucha la arboleda é bosque; pero no venian faltas de hierba. Entrados los chripstianos dentro del pueblo, assentaron su real en lo mas alto dél, é desde allí podian ver quien vi-

niesse, é curaron los heridos y descansaron.

Destá batalla salieron heridos solo dos chripstianos é murió el uno, é matároules assimesmo tres caballos, los quales y el hombre, dentro de veynte é quatro horas murieron á causa de la hierba. Húbose poco oro, porque los indios lo tenian escondido, é lo que se tomó fué en los çarçillos de las orejas é otras pieças que en las narices tenian hasta veynte é çinco mugeres é muchachos é un indio, que fueron pressos. Despues que ovieron repossado una ó dos horas, el gobernador quiso dar la vuelta á Calamar, porque le paresçió dificultosa la via que llevaba, é la gente quedaba cansada de la batalla que es dicho: é aquel dia fué á dormir á donde avia dormido en el camino la noche antes; pero antes que saliesse del pueblo, mandó soltar algunas mugeres, é que se fuessen é dixessen á los indios que se tornassen á sus casas, é que los chripstianos no querian haçerles mal, sino tenerlos por amigos, si ellos lo querian ser suyos, é les darian hachas, é cuentas, é cuchillos é otras cosas que los indios presçian. Esta amonestacion aprovechó tanto como si no se hiçiera, porque ni ellos lo hiçieron ni los mensajeros tornaron con la respuesta, como lo avian prometido.

En esta jornada se ovo el gobernador Pedro de Heredia como buen capitán, é peleó como valiente soldado; y en la verdad antes desso de su persona se tenía çierta experiencia de hombre animoso: é mostrárouse como hombres duchos en esta batalla un teniente del gobernador, llamado Francisco Çézar, é su alférez Anton de Montemayor, é otros.

El siguiente dia llegaron los chripstianos á Canapot, é aquel dia mandó el gobernador soltar una vieja de los prissioneros, para que fuesse á deçir á los indios que se tornassen á sus casas é haçiendas,

é que viniessen algunos á Calamar, é les darian sus mugeres é hijos é todos los pressos, si quisiessen obedesçer al Emperador, nuestro señor, é como sus vasallos servir á Sus Magestades é ser amigos de los chripstianos; é que si no viniessen, les hiçiesse saber que avian de volver allá é acabarlos á todos; pero ni este mensajero ni otra persona alguna volvió con respuesta. Llegados al tercero dia á Calamar, envió otra india con la mesma embaxada, é tampoco tornó.

Avia en aquel pueblo de Taragoaco ciertas casas suntuosas é mucho mayores que las otras, que decian ser de indios señores caçiques principales; é delante de cada una dellas estaba una estaca á manera de çeto, y en cada estaca una cabeça de un hombre, que decian ser de enemigos indios que avian muerto en sus batallas. Y era muy grande el número destas cabeças, lo qual usan estas gentes, como lo suelen haçer con los venados é ossos é otros animales, que matan monteando algunos señores é caballeros amigos de monteria en nuestra España y en otras partes: que ponen los cueros é cabeças de los javalies é de otras bestias bravas á la puerta de sus palacios é moradas. É assi entre aquellos indios ponen tales ysínias de cabeças de hombre por trofeos é adornamiento de sus casas: é aquel tienen por mas honrado, que mas cabeças ha cortado é tiene puestas, por

mostrar su feroçidad é señorío. Estos indios deste pueblo son enemigos de otro que se diçe Zarnaco.

Quadra aqui bien que sepa el letor una costumbre que tienen estos indios caribes, de donde parte de aquellas cabeças de hombres, que tienen assi puestas, podrán proçeder; y es que quando entre ellos vienen á concordia é amistad, se convidan á comer, y en aquella comida ó banquete siempre interviene la muerte de algunos que comen, que es una manera de fixar mas la confederacion é lealtad del amistad que contraen. No sé yo quién enseñó á Catilina, quando él y otros de su opinion conspiraron contra Roma, aquel brevaje que les dió, despues que los ovo amonestado por una larga oracion, en el qual les dió á beber sangre de hombres mezclada con el vino, porque con mas firmeça le fuessen fieles. Assi lo diçe Leonardo Aretino, libro III, capítulo XV, del *Águila volante* quel escribió, y lo mismo aprueba aquel tractado que llaman *Çessariano*, capítulo XV, para que mas animados é unidos fuessen para beber la sangre romana con las espadas desnudas: é fecho aquesto, les descubrió su ánimo, é rescibió el juramento en confirmacion de sus ánimos. Bien creo yo que Catilina no supo questos indios assi haçen sus confederaciones, ni ellos saben quién fué Catilina; pero lo uno hallamos escripto, y lo otro es acá çierto é averiguado.

## CAPITULO VI.

Cómo el gobernador Pedro de Heredia, despues de la batalla de Taragoaco, por la falta del agua é por buscarla y poblar donde la oviesse, tornó á entrar la tierra adentro; é quáles fueron los primeros pueblos que hizo de paz en esta gobernacion, é otras cosas notables.

Desde á pocos dias despues de la batalla de Taragoaco envió el gobernador Pedro de Heredia un indio, que avia traydo de aquel pueblo, é mandóle que dixesse

á los indios que se viniessen á sus casas é fuessen sus amigos, y quel é los chripstianos lo serian suyos y les darian hachas y de las otras cosas que toviessen, é que

sin temor alguno viniessen é quisiessen la paz; porque si no lo haçian, pensaba volver allá é matarlos á todos é quemarles el pueblo, é no dexarian chico ni grande de todos ellos. Este mensajero nunca tornó con respuesta, aunque prometió de la traer.

Enojado el gobernador de ver que no podia traer á la paz aquellos caribes, mandó llevar á Jamáyca aquellas indias é muchachos que se avian tomado, é que del presçio dellos se truxessen algunos caballos é caçabi é alguna carne; é para esto fué un navio despachado en el mes de hebrero. Y en tanto que aquel tornaba, acordó el gobernador la segunda vez de yr á Zamba é poblar en ella, si tal disposicion hallasse, como le avian informado los que envió en la caravela que se dixo en el capítulo de suso á ver aquel puerto: é porfió de yr por la costa, é passó aunque con trabaxo abriendo caminos por arcabucos é boscajes muy espesos, é allanando en algunas partes algunos ribaços é adobando muchos malos passos, para que los caballos é la gente passassen. Y el primero dia que partió, fué á dormir á una playuela, donde hallaron tres ó quatro indios, pescando en una laguna, que se haçe allí de las cresçientes de la mar en los tiempos de las aguas vivas, é los indios huyeron á nado; pero todavia se tomó uno llamado Apo, é un muchacho, su hijo, que se decia Eco.

Bien creo yo que para darle este nombre Eco, no supo su padre quién fué aquella ninfa Eco que se enamoró de Narciso, ni tampoco algunos de los que oyeren decir aguas vivas, sabrán qué cosa son, en espeçial los que desviados de la mar viven é no hán notiçias de las cosas particulares de la mar. Pero como esta nuestra historia ha de ser comun á todos, digo que quando quiera que la luna es llena en aquellas mareas, que de seys en seys horas cresçe y mengua en las costas

el agua de la mar en espaçio de veynte é quatro horas, aquel dia ques llena y en aquellas mareas destas veynte é quatro horas se llaman aguas vivas, é cresçe mas la mar que en ningund tiempo otro; y esto es lo que los hombres de la mar llaman aguas vivas en las costas y puertos de la mar y entre los que la cursan.

Tornando á nuestra materia, este indio é su hijo, juntamente con otro indio viejo que se avia tomado en Canapot, llevaba el gobernador por guias para informarse de la tierra; é otro dia siguiente llegó donde avia agua, que no fué poco plaçer para la gente, y socorro grande á su sed é á la de los caballos, porque desde Calamar hasta allí no la avian hallado ni avian bebido. É de allí fué á dormir adelante en una playuela junto á la mar, é por no aver agua, hiçieron algunos jagueys, donde se halló alguna agua que se pudo beber. Jaguey es una poça que se haçe á mano en las playas é costas de la mar, tan honda como á la rodilla, y mas y menos á nesçessidad de agua, é muchas vezes la hallan en tales hoyos ó jagueyes.

El siguiente dia atravesaron ciertas montañas por espaçio ó camino de dos leguas de áspero camino, é tornaron á salir á la costa; é desde allí envió el gobernador çinco ó seys compañeros con el indio Apo á un pueblo pequeño de pescadores que se llama *Tegoa*, para quel indio los asegurasse é dixesse que no oviessem temor, que los chripstianos no les harian daño ni enojo. É ydos á esto el indio é chripstianos, toparon una laguna grande que salia de la mar, y está entre la playa y el pueblo, é no pudieron passarla; é á çiertos indios que estaban de la otra parte hablóles el indio Apo, é díxoles que atendiessem, porque ningund mal se les haria; y estando en esta habla, llegó el gobernador é la gente, é los indios se fueron mas que de passo á su pueblo.